

HISTORIA DE LA PSIQUIATRÍA

Robert Gaupp

Enfermedad y muerte del maestro titular Wagner, asesino en serie paranoico. Una epicrisis (1938), I

El 27 de abril de 1938 murió de tuberculosis pulmonar en la clínica mental de Winnental, situada en la región alemana de Württemberg, el maestro titular Wagner, quien en septiembre de 1913 había conmovido al mundo con sus terribles actos. La dolencia pulmonar permanecía latente desde hacía ya unos cuantos años, y desde 1930 había debilitado al enfermo progresivamente. Además se había manifestado una tuberculosis ósea. El examen del cadáver confirmó la grave afeción pulmonar. El cerebro se le envió al profesor Spatz y el resto del cadáver fue incinerado después de la autopsia, como era deseo del enfermo. Wagner había sentido aproximarse su final, y en la profunda amargura en la que había vivido durante los últimos años quemó muchos de los escritos, bocetos dramáticos, cartas, etc., que conservaba consigo. Pero sus poesías las llegué a conocer en su totalidad. Últimamente él ya no había terminado nada nuevo. El director de la Audiencia Provincial, cuya Sala de lo Criminal había decretado un día de febrero de 1914 el sobreseimiento del proceso, me envió a petición propia todos los escritos que se conservaban del mencionado sujeto, sobre todo la *Autobiografía* en tres tomos escrita entre los años 1909 y 1913; todos ellos me habían sido presentados ya en la redacción de mi informe médico de diciembre de 1913. Sus tres dramas compuestos entre 1905 y 1926 están asimismo en mi poder (*Florian Geyer, La guerra mundial, La pareja rejuvenecida*). Estas tres piezas, que él mismo podía haber destruido, las había recibido antaño de su propia mano para ser examinadas; su contenido por tanto me es igualmente conocido.

Ya en una ocasión anterior he tenido oportunidad de informar exhaustivamente acerca del paranoico Wagner. Mi libro¹ publicado sobre él en 1914 apareció en la colección *Tipos criminales* (editado por Hans W. Gruhle y Albrecht Wetzel), junto con el informe médico de Robert Wollenberg sobre dicho enfermo y una colección de aportaciones del editor sobre el tema «Asesinato en serie» que después, en 1920, encontró su complemento en la pluma de Wetzel². Gracias a que yo volví a ver con frecuencia al enfermo después de su ingreso en Winnental, y gracias a que permanecemos en un intenso contacto epistolar, pude seguir de cerca su destino posterior durante casi un cuarto de siglo hasta su muerte. Mi estudio

¹ GAUPP, R., *Zur Psychologie des Massenmords: Hauptlehrer Wagner von Dagerloch*, Berlín, Julius Springer, 1914.

² WETZEL, *Über Massenmörder*, Berlín, Julius Springer, 1920.

«La significación científica del caso Wagner», aparecido en la revista médica (*Münch. Med. Wschr.*) de Munich en 1914, fue escrito poco después del ingreso del enfermo en la clínica mental, en una época en la que éste me odiaba intensamente porque mi informe le había evitado la ejecución. (« No se lo quiero ocultar; usted y el profesor Wollenberg se cuentan entre las personas que odio a muerte; en muchos momentos podría haberles descuartizado»). Durante el período que permaneció en observación en Tubinga en diciembre de 1913, Wagner se había percatado paulatinamente de que yo consideraba como un delirio sus acusaciones llenas de odio contra el pueblo de Mühlhausen y sus habitantes varones; esto le había contrariado profundamente por aquel entonces. De ello tratan sus comentarios expuestos en una carta del 25 de febrero de 1914 enviados desde Winnental: «a pesar del respeto personal debo considerarle a usted mi enemigo; desde luego he tenido buen olfato». Él había seguido apasionadamente la revisión del proceso judicial mientras estuvo en la clínica y no se había resignado, más que con profunda rabia, al encierro por enfermedad mental peligrosa. Quería morir decapitado. De manera que en los primeros años después de haber sido internado tuve serias dificultades para ganarme su confianza nuevamente; esa confianza la había ganado durante las seis semanas que estuvo en Tubinga para la preinstrucción de 1913, llegando a conocer su vida entera, su pensamiento y su sentir profundo. Entre los años 1914 y 1920 he informado en esta revista³ y me he remitido a ciertas transformaciones relativas al contenido y a los desarrollos de su delirio. Cuando posteriormente escribió su drama *Delirio*, en el que daba cuenta con maestría de su triste existencia de recluido y del refugio en el mundo poético, me animé para demostrar a los especialistas con otro trabajo⁴ las transformaciones en el sistema delirante del enfermo, su lucha por el esclarecimiento interior de su pensamiento y de su valía como escritor. Algunas publicaciones relativas a la teoría de la paranoia me mostraron en el período siguiente que la imagen que había esbozado del enfermo y de la evolución de su dolencia no siempre era captada de manera clara y correcta. También la excelente descripción de Wagner realizada por Kretschmer en su libro sobre el «delirio de relación sensitivo», que contiene tantas cosas precisas y llenas de valor y que ha impulsado tanto a la teoría de la paranoia, parece dejar sin resolver algunas lagunas en el entendimiento del caso, aunque Kretschmer conocía al enfermo minuciosamente al igual que yo, o sea que fue un informador fiel de la corrección y fidelidad de la visión esbozada por mí. Fue sobre todo la estructura del carácter de Wagner lo que, al parecer, no les resultó lo suficientemente claro a los compañeros especialistas. Esto motivó que doce años

³ GAUPP, R., «Der Fall Wagner. Eine Katamnese, zugleich ein Beitrag zur Lehre von der Paranoia», *Z. Neur.*, 60, 312, 1920.

⁴ GAUPP, R., «Die dramatische Dichtung eines Paranoikes über den Wahn», *Z. Neur.*, 69, 182, 1921.

más tarde, en 1926, presentara una descripción exhaustiva de su carácter y de su creación intelectual («Acerca de la creación literaria de un enfermo mental») en el *Anuario de Characterología* (segundo y tercer año) siguiendo una sugerencia de Utitz. Pero después de esta publicación tampoco cesaron las interpretaciones del caso, que aproximaban a Wagner y a otros enfermos de delirio crónico a las lindes de la esquizofrenia, viendo en él un simple caso de enfermedad esquizofrénica crónica. En el otoño de 1932, durante el LV Congreso de los Psiquiatras del Suroeste celebrado en Tubinga, me sentí obligado por estos motivos a presentar al propio enfermo a los especialistas y a dejarle expresar durante dos horas de entrevista su a menudo cambiante y extendido mundo delirante. Este es el motivo por el que se me había remitido al enfermo por algunos días de la clínica mental de Winnental a Tubinga. Sobre aquella presentación del 22 de octubre de 1932 se encuentra –aunque sólo de manera breve– un informe en la *Zbl. Neur.*, 67, 514 y siguientes. El traslado provisional del enfermo de Winnental a Tubinga suscitó en la población de Württemberg una sorprendente excitación; la prensa publicaba artículos alarmantes sobre el peligro de una inminente excarcelación del enfermo (cuestión que no había sido considerada en ningún caso); Wagner estaba profundamente malhumorado por ello. Por aquel entonces él era ya un hombre debilitado y muy enfermo físicamente. Quienes recuerden mi presentación del enfermo en Tubinga en 1932 estarán de acuerdo conmigo en el hecho de destacar que por aquel entonces Wagner, es decir treinta y un años después del comienzo de su psicosis y diecinueve años después de sus actos sanguinarios, no ofrecía el más mínimo signo de enfermedad esquizofrénica.

Ernst Speer, quien estuvo presente en aquel congreso, resumió al final de su disertación «Endógeno o reactivo»⁵ su propia impresión en las siguientes frases: «Es evidente el hecho de que en la psiquiatría actual sucede o tiene que suceder una transmutación de los valores, en tanto que pretende ser una ciencia empírica viva. Los visitantes del Congreso pudieron prever este tipo de evolución, de la cual pudieron ser testigos en el otoño de 1932 en Tubinga con aquella sencillamente grandiosa presentación clínica del famoso paranoico Wagner a cargo de Gaupp. Ella resuena en algunas palabras claves de Gaupp, en las que señala a su conmovido auditorio que con el concepto actual de paranoia el caso Wagner no se puede comprender suficientemente ni de manera humana ni científica»⁶.

Tras su traslado a Winnental ya no volvió a abandonar la clínica mental hasta su muerte. Las esperanzas de este hombre mayor de pelo cano, manco y debilitado físicamente, mentalmente tranquilo y cansado de combatir por ser puesto en libertad, se esfumaron para siempre. Se había enterado y había leído en la prensa

⁵ SPEER, E., *Z. Neur.*, 145, 718, 1933.

⁶ Que el lector me disculpe la mención a las palabras de elogio de Speer. En la «grandiosa presentación del enfermo» reside lo grandioso en el comportamiento del *enfermo*.

la preocupación e indignación que había provocado en la población, la sospecha de que se me pudiera ocurrir declararle sano y preparado para ser puesto en libertad. De manera que se resignó y tuvo que conformarse con tener que permanecer hasta el final de su vida en la clínica mental. Más interesado estaba, no obstante, en el reconocimiento su producción poética.

Durante los siguientes años, la mayoría de las veces tuvo una actitud ruda y negativa con su médico del Servicio; esto lo argumentaba continuamente aludiendo al hecho de que éste le había dejado desamparado en sus esfuerzos por el reconocimiento y la representación de sus obras dramáticas, incluso que había tomado partido en favor de su contrincante y «enemigo», el escritor Werfel, a pesar de que éste último era judío. Sí, él se expresaba en ocasiones con una excitación afectiva sobre ese particular y decía que el doctor X había sido sobornado por los judíos; esta sospecha se hizo aún más llamativa cuando supo que el médico era miembro del partido nacionalsocialista. Una neuralgia del trigémino, que su madre también había sufrido en otro tiempo (¿o era quizás migraña?), atormentó gravemente al enfermo en 1934; no quería vivir más porque no podía soportar ni un instante más los dolores. Sin embargo, cuando los dolores cesaron después de algún tiempo, se despertó de nuevo la antigua actividad con la que se esforzaba por alcanzar la gloria literaria. Su odio contra Werfel, el «plagiador», se fue convirtiendo poco a poco en un odio salvaje contra todos los judíos, mientras que antes, como él mismo dijo, le resultaba ajeno el antisemitismo. Con orgullo y satisfacción se sumió en la actitud fundamental antisemita de la época moderna en Alemania.

De este modo me escribió en 1933: «Yo ruego amablemente que señale con datos precisos en mi comprobante de plagio referente a *Schweiger*⁷ todos los pasajes que le parezcan falsos o que tal vez considere «ideas fijas», según se expresa Werfel. De eso trata especialmente el libro escrito por usted titulado *Hauptlehrer Wagner*. Este libro lo conoce usted mejor que nadie, excepto yo mismo. Mi asunto con el plagio debería ser llevado a término de una manera u otra. He sometido de nuevo a examen los escritos cuestionables de Werfel y he verificado que toda su producción literaria desde 1913 a 1923 no es otra cosa que una elaboración de mis actas judiciales. Werfel se ha identificado completamente conmigo, y ha trasladado a sí mismo mi pensamiento y mis experiencias. Su propia aportación es insignificante, difuminándose oscurecida y deteriorada... Todo cuanto algunos judíos guardan en secreto es algo difícilmente comprobable. Pero lo que puedo comprobar es que ciertas expresiones y contenidos de los libros de Werfel aparecen en mis escritos y actas judiciales. Y ya no me irrito más por los libros de Werfel y por sus falsificaciones en el periódico. Estas falsificaciones son la última

⁷ Así se llama el drama contra el que luchó Wagner, que había sido representado en el teatro nacional de Stuttgart. Véanse mis publicaciones entre 1921 y 1926.

salida desesperada de la parte contraria. Reflexione acerca de lo que significa para todos los judíos este plagio, que encierra en sí un hurto de actas judiciales. Hace poco leí que el abogado G. de H. había renunciado a su puesto en el Concejo Municipal. ¿Es éste mi defensor?⁸. Lo sospecho, aunque, ciertamente no lo sé. Para mí sería de gran interés saber cuándo llegó a ser concejal el abogado G. Según mis conjeturas fue elegido en diciembre de 1928. En otoño de este año manifesté por primera vez mi acusación de que Werfel no sólo había utilizado mis escritos para su obra *Schweiger*, sino también para otros escritos suyos. Y por aquel entonces ya solicité mis escritos a la Audiencia Provincial para revisión, pero no los he recibido hasta mi segunda petición en 1929⁹. Todo cuanto afirmo desde hace años acerca de la labor literaria de los judíos, y lo que le es conocido a través de mis publicaciones de 1929, es proclamado hoy por representantes del Gobierno y nadie se atreverá a culpar a los gobernantes de falsedad, falta de conocimiento o de delirio. Muy estimado señor Profesor, hoy preferiría que mi asunto del plagio se pudiera resolver de manera pacífica y que la parte contraria me diera la razón sin que yo tenga que luchar públicamente por ello. En realidad no aspiro a nada grandioso. El otoño pasado ya constaté que no gozó de ninguna simpatía en el exterior¹⁰. Pero si la parte contraria se niega a darme la razón voluntariamente, entonces lucharé con toda energía y terquedad. «Le ruego cordialmente que no vea ninguna suposición impertinente en mi deseo, que sólo quiere lo justo, lo bueno y lo pacífico.»... Con gran estima y agradecimiento le saluda cordialmente su afectísimo E. Wagner.

En el año 1936 la energía combativa cedió en ese hombre de 62 años, envejecido y enfermo de los pulmones. El historial clínico advierte de la impresión del médico: «Wagner, al parecer, ha terminado con su carrera literaria». Cuando en 1937 se le cambió el médico que le trataba (Wagner siempre había tenido una actitud de rechazo con respecto al doctor X), Wagner se comportó con su sucesor de manera cortés, amable y comunicativa. Su negativismo con respecto al doctor X había sido absolutamente comprensible desde el punto de vista psicológico, pues le había implicado en su delirio. En sus conversaciones mostró al nuevo médico su interés por todos los acontecimientos actuales, que seguía atentamente por medio del periódico y la radio. Pero personalmente no escribía nada desde hacía

⁸ El abogado al que se alude era judío y fue destituido de su cargo como concejal tras el ascenso al poder de 1933. Wagner suponía que G., al igual que su defensor, aparte del cual nadie había leído las actas judiciales a las que se tenía acceso, se las había pasado en secreto y de manera ilegal al escritor Werfel. Nunca se le logró apartar de esta sospecha, que carecía por completo de toda base objetiva.

⁹ El juzgado, como se desprende de las actas, había tenido dudas de enviárselos a Winnental. Sin embargo, después lo hizo siguiendo el consejo de la dirección. Wagner lo interpretó de manera totalmente loca, como si cuando su primera petición, en 1928, el Juzgado hubiese prestado las actas a otra persona, y por eso no las hubiera tenido él inmediatamente. En efecto, esto fue un delirio de Wagner.

¹⁰ Después de su internamiento en Tubinga; véase arriba, p. 50.

mucho tiempo. Había esperado que yo tuviera éxito al ayudarlo a conseguir su derecho prioritario en su lucha contra Werfel. También señaló que su capacidad visual se había deteriorado desde que había sufrido la neuralgia del trigémino (si es que esto era correcto, ya que no se podía ver en los informes médicos; Wagner era desde su juventud muy miope). En 1937 se anota: «Está bien informado de todo». Este mismo hecho se pone de relieve en 1938 y se acentúa además especialmente su «excelente discernimiento». Respecto a Werfel el plagiador y respecto a los judíos siempre habló con tono colérico. A raíz del empeoramiento de su dolencia pulmonar y de la aparición de fiebre alta sintió cerca su final y pidió un permiso para quemar muchos de sus libros, manuscritos y cartas. Su deseo le fue concedido. El resto se lo envió a un pariente cercano. En marzo de 1938, pocas semanas antes de su muerte, vino el médico de su sección a hablar con él sobre sus asesinatos en Dagerloch y Mühlhausen. No mostró ningún arrepentimiento de sus actos; se lamentó más bien de que no había podido llevar a cabo totalmente su plan aniquilador. «Unos cientos de muertos, ¿qué es eso en comparación con mi sufrimiento?». Y luego continuó: «Siempre se habla tanto de higiene racial; pues bien yo he actuado y ejercido de manera práctica la higiene racial». «Las fotos de mis hijos las he quemado, porque no considero a ninguna persona digna de que las vea». Calificaba a la cristiandad de cuento; él no era cristiano desde los 18 años.

Su declaración de marzo de 1938 fue llamativa: «Ya no podría vivir entre los hombres, pues para mí sería una tortura insoportable el observar cómo hablan de mí. Hace aún medio año casi todo el mundo en la clínica ha dicho que yo era un follador de animales (*Tierficker*)».

Las circunstancias políticas le interesaron hasta el final. Él había subrayado que desde 1930 era nacionalsocialista, el primero en Winnental. Admiraba el trabajo constructivo del *Führer* y se adhirió a un antisemitismo esencial. Algunas manifestaciones de carácter sarcástico muestran la actividad mental y la franqueza del débil enfermo, pero también muestran la continuidad de su delirio persecutorio y de su delirio de relación. Su insondable pesimismo y su desprecio por las personas le acompañó hasta la muerte.

«En el colegio siempre fui el primero y por eso no era popular entre mis compañeros. Todo aquel que es inteligente y destaca sobre la media tiene a la masa por enemigo».

Las molestias físicas se intensificaron notablemente a principios de abril de 1938 y aparecieron muchos dolores; el 2 de abril Wagner hizo un intento de suicidio con los añicos de un vaso roto, hiriéndose en el cuello y en el pecho. Mostró poca energía en ello, pero después lamentó el fracaso del intento. Desde entonces pidió al médico, dado que estaba muy débil para escribir él mismo, un permiso para dictarle una carta dirigida a la Administración Médica de Stuttgart. Cuando el médico se declaró dispuesto le solicitó, el 4 de abril de 1938, que le proporcio-

nara un revólver para poner fin a su vida. Esta carta evidencia la agudeza en la expresión y la sombría resolución de su estado depresivo-paranoico. Las frases más importantes se reproducen a continuación.

«Ya he pedido un revólver el año pasado y no he recibido ninguna respuesta, aunque desde comienzos del año 1930 soy el primer nacionalsocialista de Winnental. Como ustedes saben, durante muchos años he tenido que llevar en completa soledad una lucha contra el plagiador, falsificador y ladrón de informes médicos Werfel, y en general una lucha en contra de la judaización de la literatura alemana. La totalidad de la sociedad de escritores de Stuttgart bien pudiera avergonzarse de mí. No he recibido por ello ninguna muestra de gratitud, tampoco por parte del partido. Si hoy solicito de nuevo un revólver, más que pedirlo lo exijo en virtud de los derechos humanos más fundamentales. En el Tercer Reich es muy conveniente conceder valor al carácter. Soy una persona honrada y un intelectual de alto nivel. Y lo que es más esencial, soy un hombre muy comprensivo y sensato, que podría ayudar a la mayoría de los que están fuera. La humanidad me empuja a la brutalidad...». «Desde hace diez semanas estoy gravemente enfermo. Ya no quiero vivir más. Porque tengo pocas expectativas de sanar. Ya no me queda más que alargar una existencia miserable y por eso deseo terminar».

«Estoy enterado de que en los círculos psiquiátricos se ha debatido mucho acerca de la cuestión de si a determinados enfermos mentales se les debe conceder el suicidio. En este tema siempre triunfa el criterio de la burguesía burocrática. Yo sólo busco en el Colegio de Médicos a un hombre que tenga el valor de asumir tal responsabilidad. No se arrepentirá nunca de ello, sino que más tarde estará orgulloso. Se ha hablado mucho de un concepto heroico de la vida. Si hay en realidad una existencia heroica entonces esa es la mía... «Me quiero pegar un tiro. Esa es la muerte en la que había pensado durante toda mi vida; es la que me conviene y deseo. Me río de la gente que siempre habla del aguante paciente del dolor, porque yo he aguantado más pacientemente que todos juntos. Ahora cumplan ustedes con su deber, su deber humano, no su deber de prescripción. Ernst Wagner».

Pero su deseo no se le pudo conceder. Sus fuerzas disminuían rápidamente; al principio permaneció con la conciencia clara y el 15 de abril todavía habló algunas cosas con su enfermero. Cuando sus molestias aumentaron anheló la muerte y quiso morir de hambre. Rechazaba la comida. Una inyección de morfina le proporcionó una fuerte euforia: «soy tan feliz, ayer fue el día más hermoso de mi vida». Dos días antes de su muerte, el médico que le trataba entabló una conversación con él respecto a su vida pasada. El médico le preguntó: «Si pudiera empezar su vida desde el principio, ¿lo volvería a hacer todo otra vez como lo ha hecho?». Él respondió: «Sí, tendría que obrar de nuevo así. Para que hubiera sido de otro modo, debería haber nacido con otra cabeza. Mi familia está enferma. Mi

padre y mi madre eran enfermos mentales, y otros parientes tampoco son normales. Ya en la casa de mis padres tuve que padecer mucho. Nunca he tenido alegría». A la pregunta del médico: «¿Se da usted cuenta de que por aquel entonces, cuando mató a tantas personas, estaba usted enfermo?». Él respondió: «Sí. Yo estaba enfermo, lo sé, que todo mi pensamiento de aquel entonces era un delirio». A la pregunta del médico «¿tiene miedo a la muerte?», contestó: «Oh no, me agrada el hecho de morirme y me alegro de ello. Si existiera un dios o un cielo me iría muy bien después de mi muerte». Días después murió. La autopsia no reveló macroscópicamente ningún resultado patológico en el cerebro. El análisis microscópico todavía no está cerrado. No se encontró arterioesclerosis.

Epicrisis

Ahora pasaré revista a la vida y a la enfermedad del paranoico Ernst Wagner, fallecido a los 64 años de edad, y resumiré lo esencial que sabemos de él. El enfermo procedía de una familia degenerada hereditariamente y originaria de un pueblo situado en las cercanías de la capital del distrito llamada Ludwigsburg, en la región de Württemberg. Nació en Eglosheim en el año 1874 y fue el noveno de los diez hijos de una familia de campesinos pobres. El día antes de su muerte, Wagner le dijo al médico que su padre y su madre habían sido «enfermos mentales», pero esos términos no son totalmente exactos. Ambos eran anormales y ligeramente psicopáticos desde el punto de vista del carácter, pero en realidad no eran psicóticos. El padre, que murió cuando Wagner apenas tenía dos años, se nos representa como un hombre poco trabajador, dado a la bebida, engreído, charlatán y descontento, que seguramente se arruinó por su propia culpa. «Mi madre opinaba (así lo escribe Wagner en su *Autobiografía* de 1909) que estaría bien que él falleciera». Esta madre, que en su primer matrimonio había dado a luz a diez hijos de los cuales seis murieron siendo pequeños, mostró siempre un carácter insatisfecho, crítico y resentido; siempre se sentía oprimida por los otros y vivió en permanente conflicto con las autoridades. Al parecer nunca pudo hacer frente ni a sus tareas económicas ni educativas. Su estado de ánimo básico consistía en un pesimismo melancólico. No obstante era muy excitable y voluble en el plano sexual, pues tuvo relaciones con otras personas poco después de la muerte de su primer marido y se casó (estando embarazada de un guardavías casado) con un campesino, al que fue infiel, de manera que su matrimonio tuvo que ser disuelto pronto (1881). Por todo ello, la primera juventud de Wagner corresponde a una época de una vida familiar desordenada. Respecto a los hermanos no tenemos muchas informaciones. A causa de su propio carácter no estaban hechos para colaborar con éxito en la educación de ese niño vivo e inteligente. Una hermana se fue joven a América

y murió allí enseguida. Otra hermana –inteligente– mostró un carácter arrogante y fanfarrón; se la describe como una persona irritable; había sufrido mucho y había conseguido un empleo con el que logró su independencia en una apartada gran ciudad. Una tercera hermana se casó y llevó una vida según el prototipo del matrimonio burgués ordenado. El hermano mayor era un bebedor algo incontrolado sin una verdadera voluntad para el trabajo, un hombre inestable que había fracasado en la vida. Las cosas en la casa de los Wagner iban mal, como solía decir la madre. La casa y las propiedades tuvieron que ser vendidas, reinaba una gran pobreza y Wagner, ya de niño, sufría por la ruina de la familia. En la familia de la madre habían aparecido dos casos de enfermedad mental (hermanos de la madre de su madre), uno de los cuales tenía al parecer una esquizofrenia incurable, mientras que el otro sólo parecía haber estado enfermo de manera transitoria. No está totalmente aclarado, como Hoffmann suponía, que se tratara de una afección esquizofrénica. Del tío-abuelo esquizofrénico de Wagner se informó que presentaba ideas delirantes de carácter religioso, que profería continuamente versículos y que estaba totalmente entregado al onanismo. El propio Wagner aparece como un muchacho listo, inteligente, vivo y fantasioso, pero creció en una familia desavenida. El «chavalín de la viuda» escuchaba desde pequeño de boca de su madre, persona apenada y de carácter paranoico, solamente cosas tétricas sobre el mundo y las personas. En su *Autobiografía* describió de manera plástica todas esas cosas. La irritabilidad y la ambición dominaron al muchacho, quien ya *de niño estuvo atormentado por sueños angustiosos y persecutorios*. Presentaba un cuadro de *psicopatía angustiosa-paranoica con un rasgo esencial sensitivo*. Su buena memoria y su aguda y viva inteligencia hicieron de él el mejor alumno de su clase. Con frecuencia se daba cuenta del sentimiento compasivo que despertaba en algunos habitantes de su pueblo. En la iglesia llegó a ser sacristán y organista. Le gustaba mandar en los juegos juveniles. Era ambicioso y se sentía superior. Su precoz inclinación hacia el otro sexo hizo que se le pusiera el mote de «catador de chicas». Los juegos infantiles fantasiosos y salvajes fueron reemplazados al inicio de la pubertad por un período de religiosidad tranquila; quería ser cura y con ello deshacerse del rencor que sentía contra los ricos y los poderosos del púlpito. Tiempo después escribió que le habría gustado jugar un papel del perfecto arrepentido, pero le había faltado humildad: «Búrlate del muchacho, búrlate del hombre; él es aún así» (1909). A pesar de su falta de recursos consiguió entrar en el colegio público gracias a ser un alumno preferido y aplicado; allí aprendió mucho y de manera fácil. Mostró un especial talento para la lengua, amaba a los escritores y tuvo una «conciencia muy sensible» en los primeros años del colegio. Según su propia descripción y la de otras personas, eran características suyas el fuerte sentimiento de justicia y el amor a la verdad. La total madurez sexual se produjo a los dieciocho años. Con ella se entregó al onanismo, sin que hubiera incitación de

otros. Las opiniones generalizadas acerca de los efectos negativos de esta aberración eran por aquel entonces (1892) bastante tenebrosas. Libros de educación sexual, como el ampliamente difundido escrito de Retau que llegó a las cien ediciones, estimulaban el miedo y el sentimiento de culpa en aquella juventud ignorante. Estaba muy extendido el criterio de examinar al joven pecador sobre los deslices cometidos. La posibilidad de padecer de por vida y de forma prematura la tabes dorsal, el reblandecimiento del cerebro y la tisis se asociaba con la práctica del onanismo. Se decía que las ojeras negras alrededor de los ojos eran señales evidentes del «vicio». Se opinaba frecuentemente que una mirada experta podía delatar inmediatamente al onanista por su apariencia física. También Wagner compartía estas ideas. Él se examinaba en el espejo; era infeliz por la siempre reincidente derrota en su voluntad de abstinencia, luchaba, se contenía durante una temporada, volvía a reincidir y, en su desesperación, decidió consultar con un neurólogo. Éste le consoló y tranquilizó de manera sensata, pero Wagner no creyó del todo las palabras del médico. Vivía en la tensa espera y en el temor de que se descubrieran sus deslices; el complejo del onanismo se evidenció ya de modo exagerado en el período que va desde los dieciocho a los veinte años. Tenía permanentemente «mala conciencia», y sobre esta base afectiva se desarrolló ya por aquel entonces una *significación personal mórbida*.

Sobre este particular escribió: «Nadie me lo ha dicho directamente, quizás porque no se me quería avergonzar, pero de vez en cuando lograba escuchar insinuaciones. Una vez estaba escrito en mi espejo con impresionante letra redondilla: «juerguista, despierta»¹¹. Me enfadé considerablemente; ¡si al menos me hubiera sido útil!». «Yo tendría que haber sido lo suficientemente listo para comprender a dónde me conducía todo esto. El cuerpo y el espíritu se deterioran de manera evidente».

Wagner escribió estas palabras en 1909, cuando tenía treinta y cinco años; en ellas se aprecia el sentimiento de culpa que jamás le abandonaría. En 1909 escribió en su *Autobiografía* las significativas palabras:

«En efecto, todas mis pequeñas y grandes locuras, todos mis fracasos y todos los sufrimientos de mi vida están relacionados muy en el fondo con anormalidades sexuales («delitos») y con el abatimiento que las acompaña. Aunque pueda resultar paradójico, incluso mi orgullo y mi vanidad se vieron aumentados más que disminuidos»¹².

(Traducción de Laura García Olea)

¹¹ Más tarde ha podido verificarse que el autor de esta exhortación no había pensado en nada sexual, sino que únicamente había querido criticar la inclinación de Wagner a levantarse tarde por la mañana.

¹² En el número 70 se publica la parte II de este texto.